

PAYASO

No usó jamás el gorro puntiagudo de tela gruesa; ni el traje ancho y blanco con botones grandes; ni entró nunca a la pista de un circo con la cara pintarrajeada y la boca con desgarrones y muecas de burla. Era mas bien triste Gabriel, con esa melancolía que tiñe perpétuamente el rostro de color de cera vieja; y sin embargo, le decían "payaso", apodo que conservaba desde el colejo. ¿Por qué? Casi no se acordaba ya!

Cuando empiezan a aplastar los años se olvidan muchas cosas, y a los cuarenta y cinco están ya muy marchitas las flores de la niñez.

Siendo pequeño fué al colejo. Era la primera vez que dejaba su hogar por un día entero, y esa impresión de hielo y soledad, cuando se vió entre muchachos desconocidos, no la olvidó nunca.

A las espaldas el maletín lustrado de sus libros, con la gorra en la mano y la nostalgia infantil en las pupilas claras, cruzó los corredores del colejo. ¡Cómo resonaban sus pasos y le latía el corazón entonces! Se detuvo de improviso y miró a todas partes. ¡Qué sólo veía todo! A la distancia un murmullo surgía de una sala de clase. Se sintió desfallecer, una nube de lágrimas amenazó nublar los ojos. Recordó a su padre entonces, sus consejos, y siguió adelante, ahogándose de pena y de temor. Oyó que lo llamaban de una puerta, y yendo hacia allá presentó su boleta de introducción.

—Sí, señor—contestó.

—Bueno, éntre, aquí es su sección.

Se dejó caer en un banco cualquiera y abriendo apresuradamente su bolsón, sacó un libro, mas que para estudiar, para esconder su vergüenza y esa infinita amargura de los niños que por primera vez dejan el hogar. Continuó así con la cabeza inclinada, oyendo a sus espaldas burlas y truhanerías de los muchachos, con la sangre agolpada a las sienes, escondiendo sus pobres medias que tenían muchos agujeros y estrujando su boina gastada.

En ese momento el inspector lo llama: es a él, no hai duda, y haciendo un esfuerzo de valentía y entereza, responde con voz incierta de falso, en que se adivinaba humedad de llanto ahogado:

—Presentééé!

Una carcajada general llenó la sala; el inspector también sonrió poniéndose en la boca el mango de la pluma para disimular. Luego se hizo un silencio pesado, interrumpido por cuchicheos y risas reprimidas, y mientras Gabriel continuaba quieto, y caían sobre su libro dos o tres lágrimas, se oyó una voz sola, clara y burlesca que atronó la sala:

—¡Payaso!

Desde aquel día se le llamó así: "payaso", y los muchachos lo rodearon y le obligaban a hablar, para reírse nuevamente, aunque él no se explicara por qué, aunque vieran siempre en su boca una sonrisa dulce y en sus ojos sombra de tristeza infinita. No importaba. Arrastrado no sabía por qué fuerza misteriosa, seguía siendo el payaso de siempre. Las palabras en su boca, por más que fueran serias y graves provocaban la risa, y cuando hablaba agobiado por algún dolor íntimo, entonces más reían: "¿Qué payaso era Gabriel?". Esclavizado entonces a un destino que le hacía más fácil la vida, fué el payaso, el pobre clown pálido del colejo, que en vez de cucurucho blanco, usaba una boina raída que le había hecho su madre.

Pasó la época aquella y Gabriel salió al mundo, y entre sus compañeros que eran todas sus amistades, continuó siendo el de siempre, el de la niñez, con su fama de gracioso que le abría las puertas de la sociedad, llevado de un lado a otro, como un pobre un organillo callejero que toca polkas alegres. Era inútil que en su frente empezaran las arrugas y que en su cabello cayera ceniza: era el mismo de siempre para todos, y cuando trataba de huir del mundo, de sobreponerse a aquel antiguo prejuicio y decía que nunca había sido gracioso, que no quería, en fin, aquello, se veía rodeado de carcajadas que aplaudían la espiritualidad, y vamos luego divirtiendo, cruzando los salones, haciendo reír a las mujeres que encontraban en él no sabían qué extraño contraste entre su rostro de dolor y sus gracias delicadas.

Era la infinita y extraña gracia de la tristeza riéndose, del hombre que lleva auestas un inmenso dolor y ríe para disimular su carga, porque no puede hacer otra cosa.

¡Cuánto querían todos a Gabriel! Pero era bien amargo ese cariño, esa amistad que en pago pedía risa y burla, eterna caricatura de todo. Y él la hacía, se la habían enseñado a hacer, y de su boca que conservaba siempre aquella dulzura de la infancia, salían los equívocos, las frases picantes, las ocurrencias que provocaban las carcajadas de todos aquellos que querían ahogar su hastío y su tontería, riéndose de todo, de una nonada, riéndose de Gabriel... para darle en pago una protección caritativa, al pobre muchacho del colejo que entonces en vez de boina usaba en sociedad sombrero alto, regalo insultante de algún amigo a trueque de una gracia. Así tenía muchos regalos Gabriel, el eterno "payaso" como le llamaban siempre.

El eterno payaso, afuera, donde todos lo veían, pero ahí, en el hogar, al lado de esa viejecita de ojos claros como los de Gabriel, era el rey, el príncipe mimado por ella, a quien le decía "mi hijito", y que cuando llegaba de la calle cansado de tanta comedia, siempre encontraba un sitio tibio en el regazo donde ocultar su cabeza dolorosa, donde sus palabras no tenían eco de

risa, sino que eran escuchadas con respeto.

—Ven acá. ¿Estás cansado?

Estaba cansado siempre. Con fatiga se desprendía los guantes claros que formaban contraste con la pobreza de la alcoba, y sacando de los faldones de su levita algún paquete se lo pasaba. Eran siempre dulces, frutas, cualquiera cosilla para "su buena vieja". Y mientras ella desenvolvía el regalo, pensaba él que cuantas risas había producido eso, cuando lo habían visto los amigos, después de una comida, llenarse los bolsillos de dulces... sin saber que lejos, en el arrabal, esperaban al clown con inquietud, unos ojos muy dulces y una boca hundida y cariñosa de anciana, que se unía a su frente.

Esas eran sus horas tranquilas, como las del "tony" que volviendo de la pista fatigado, se sienta en la "utilería" del "equilibrista" y fuma un cigarrillo a la lijera esperando

su próximo número. Ahí era hombre, y también allá en la casucha risueña donde había alegría y amor para él, en la casa de Abigail, una pobre muchacha que encontró una noche triste; como él, clownesa también de la desgracia, a quien la miseria iba abriendo un surco en los pulmones, apriionándolos, para dejar solo en libertad los ojos muy grandes, que esa noche se clavaron en Gabriel como diciéndole: "Yo también sufro y te quiero porque tienes algo de mi alma".

Muchas veces lo habían apasionado las mujeres que veía en los salones, pero esas mismas que reían de sus pobres gracias, lo desdaban cuando él, tímido y avergonzado, les confesaba su debilidad. ¡Bah! ¡Una nueva gracia! Y reían también de eso aunque los ojos de Gabriel estuvieran contando penas intraducibles. Corresponderle habría sido ponerse en ridículo, y eran solo sus amigas en las horas de charla—¡cuántos y cuántas así en el mundo!—pero cuando él con un acento que mas bien era súplica que balbuceo de amor, confesaba sus cuitas, reían, reían siempre como todos.

Era allá solo, donde lo querían, en el refugio oculto de amor de una vida que pesaba atrozmente, donde concluía la farsa y podía ensancharse el corazón con libertad.

—Siempre te veo llegar preocupado. Dime, ¿qué tienes?

—No tengo nada, Abigail, cierto cansancio que no me deja...

Continuaba encerrado en su mutismo, y ella insistía:

—Talvez ya no me quieres, por eso estás siempre triste, aburrido...

Sonreía Gabriel, "siempre triste". Cuando lo que iba matándolo lentamente era la alegría, la risa.

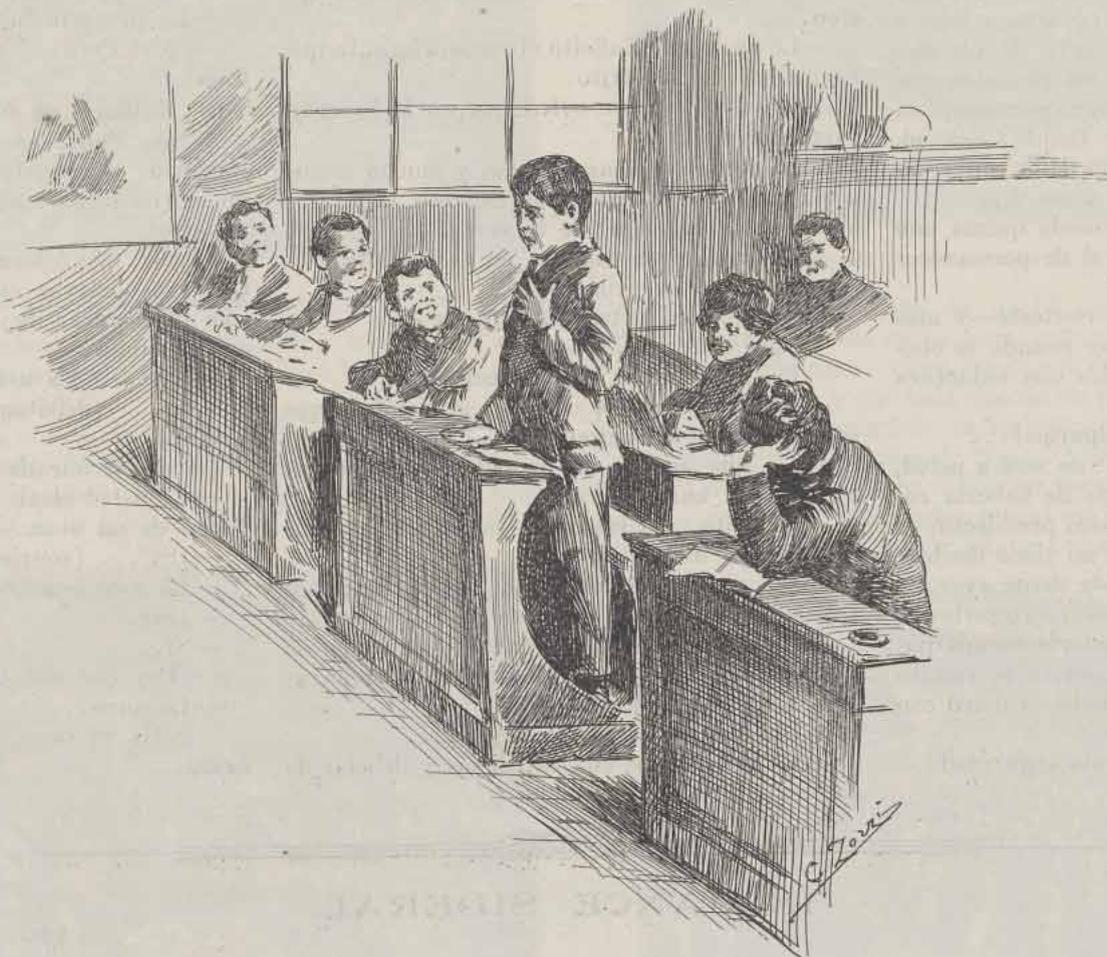
Hablaban de otras cosas.

—¿Cómo te sientes ahora?—preguntó él.

—Siempre esta dificultad para respirar ¿ves?... El doctor me dijo que tendría que salir al campo, a alguna parte lejos de aquí... de otra manera...

Entonces habló Gabriel y lo confesó todo. El también quería huir lejos, y lo harían los dos. La vida que llevaba no podía continuar así, siempre aparentando estar alegre, divirtiendo a los amigos para obtener de ellos medios de subsistencia para su madre...

Abigail no comprendió y al mostrarse admirada, le dijeron toda la amarga



verdad. No sabia por qué, pero un día lejano lo llamaron "payaso", y por una fuerza misteriosa siguió siéndolo siempre, hasta entónces, hasta ese momento en que todo se lo confesaba con vergüenza, diciéndole que no era digno que lo quisieran, que un gacejo, que un payaso cualquiera no tiene derecho



mas que a la lijera palmada que se le dá en la pista y que lo olvidan luego que se pierde tras la cortina su traje de colorines... "Yo he querido desprenderme de aquello, resistirlo, conozco mi bajeza; pero hai algo, que no me lo esplico, que me arrastra... me arrastra..."

—¿Verdad que es bien amargo esto?

No le respondieron. Ante el silencio sintió mas punzante la herida y se avivó el deseo de descubrirle todo,

porque habia cosas que le desesperaban. La noche antes, en una reunion de amigos, mientras charlaban haciendo reir.—"Mira, nunca sé por qué se rien"—alguien habia llegado por detras y le habia puesto un bonete de payaso, y entre carcajadas crueles le recordaron entonces el día lejano cuando siendo niño le dijeron "payaso" y él lloró escondiendo la cara en el libro abierto que tenia en las manos. Pero esa noche no habia llorado porque cuando se empieza a ser viejo es forzoso no tener corazon. Pero huyó llevando en la cabeza el bonete infame y solo se lo habia sacado en la calle para correr hácia ella, la única que lo queria. Y ahí estaba rogándole que no lo despreciara y que huyeran juntos, mui lejos del mundo, hácia otra parte donde la vida no lo tratara así...

—¿Dime que no me desprecias! ¡Dímelo!...

Pareció despertar Abigail como de una pesadilla, y despues de un momento de silencio:

—¡Payaso, tú!...

Recordó entónces todo lo bueno que era para con ellas, cuando vivia su madre, toda la infinita bondad que guardaba bajo esa mirada triste; los días aciagos en que él llenaba sus necesidades sin pedir en pago gajes que lo rebajaran, sacrificándose solícito, desde aquella noche inolvidable en que Gabriel volviendo hastiado de una reunion de sociedad la encontró en la calle y se quisieron como dos almas que viven en un mundo distinto a sus sentimientos y se unen de improviso, por fuerza secreta. Así, noble siempre hasta cuando enterraron a la "pobre vieja", solos los dos marcharon tras el ataud un día de invierno, llevando Gabriel un puñado de flores, y consuelos para ella, que no se olvidan, prodigados en esa edad de los cincuenta años en que el hombre al llegar a la vejez, tiene candorosas ternuras. Ese era el "payaso" del mundo!...

—Sí, ¿y sabes por qué?... Yo nunca lo he sabido...

No lo sabian ellos, ni nadie. Misteriosas crueldades de la vida que hieren sin saber a quien.

—¿Y no me dices nada?...

—Te digo que te quiero siempre, y más, porque sufres...

Cuando fué hácia ella, rodó el bonete que habia escondido bajo su veston, dió dos vueltas y quedó inmóvil como arrojado a la pista de un circo...

• • •

Una noche vinieron a decirle que su compañera habia muerto y que al día siguiente de madrugada la enterrarían. De un momento a otro se habia reagrado, y él, ocupado siempre con sus amigos, hacia dos días que no la veía. Le llegó la noticia en el momento en que iba a salir, como siempre, a hacer la comedia cruel, y mucho más ahora que habia pedido una suma prestada a un amigo, a un truhan cualquiera, para satisfacer necesidades de su pobre viejita. Habia que cumplir con "el amigo" e ir allá, como siempre, a que rieran... ¿De sus gracias?... ¡Dios mio! El nunca habia sido gracioso!... ¡A que rieran de él, a eso iba!

Fué, y pasó una noche amarga como todas las otras de su vida, vestido de etiqueta, con ese traje que es amargamente ridículo para los que no han podido pagarlo... Hizo necedades y reian... pero no supo por qué entónces se le imaginó que no era él un payaso sino todos los que lo rodeaban, comiquillos de la vida vestidos de "smocking", a quienes la fortuna favoreció al azar, y que al mover el "clac", figuraban mendigos pidiendo, no sabia a quien, una limosna de sentimiento, alargando esa bandejilla de seda negra y esperando que cayera en ella un pedazo de alma...

Al amanecer corrió presuroso a comprar un puñado de flores frescas, y despues de meterlas a un cucurucho se fué allá.

Ya debian estar en el cementerio.

En la puerta se le dijo que acababa de pasar un ataud llevado por dos sepultureros. Era ella. La caridad pública la enterraba sin otra pompa que dos blusas azules... Pero ahí llevaba esas flores—pompa perfumada del invierno—que con el rocío del alba parecían erguirse mas frescas.

Vió a la distancia en medio del potrero una ampolla de tierra fresca. Ahí estaba. Tuvo un golpe al corazon, y por una de esa estraña antítesis del pensamiento, se acordó de las frases que acostumbraba a oír: "Qué payaso es Gabriel".

—Espere un momento—le dijo al enterrador que iba a echar la primera palada al ataud opaco que se adivinaba en el fondo de la fosa.

Cojió un manojo de flores del cucurucho y lo arrojó al fondo. Las flores al caer sembraron un ruido de hojas estremecidas, salpicando la caja con algunas gotas de rocío; luego varios puñados que cubrieron la desnudez de la madera pintada, hasta el último que lo desmadejó temblando... y luego que vió vacío el cucurucho, lo arrojó tambien. El bonete del "payaso" quedó blanqueando entre algunos manojos de violetas y un pedazo descubierto del ataud...

Ultimo buen recuerdo que le evocaba la noche aquella en que lo abrazaron con inmenso cariño, a él, al "payaso". ¡Qué mejor llanto que ese cucurucho, símbolo de un eterno e injusto ridículo!

—¡Ya!...

El sepulturero arrojó la primera palada de tierra que unió fuertemente el bonete a la tapa del cajon, como en una caricia íntima y larga...

N. YAÑEZ SILVA.

Santiago, setiembre 11 de 1906.

